

ciones árabes vulgares. Junto al convento de Santo Domingo, se ven restos de jardines y de palacios, que antes estaban en comunicación con la Alhambra por medio de una senda subterránea.

Dentro de la ciudad está la Alcaicería, mercado árabe casi intacto, formado por muchas callejuelas rectas y estrechas como corredores, bordeadas de dos líneas de tiendas unidas entre sí, que presenta un extraño aspecto de bazar asiático. En fin; no puede darse un paso por Granada sin encontrar un arco, un arabesco, una columna, un montón de piedras, que recuerdan su fantástico pasado de sultana.

¡Cuántas vueltas y revueltas di por aquellas calles tortuosas, en las horas más ardientes del día, bajo un sol que me abrasa la cabeza, y sin encontrar alma viviente! En Granada, como en las demás ciudades de Andalucía, sólo se vive de noche; por la noche se desquitan de haber estado encerrados todo el día, juntándose y mezclándose en los paseos públicos con el anhelo y la furia de una turba cuya mitad buscara á la otra para dilucidar negocios urgentes.

La muchedumbre más compacta se ve en la Alameda; por eso pasaba las veladas en aquel paseo con mi amigo Góngora, que me hablaba de monumentos árabes, un periodista que me hablaba de política y un joven que me hablaba de mujeres; á veces conversaba con los tres á un tiempo, con gran gusto y alborozo mío, pues aquel esparcimiento de escolares, en su tiempo y lugar me refrescaba el alma, como la hierba (por robar una hermosa comparación) con la lluvia de verano que cae presurosa, lo mismo que si fuera por un estremecimiento de alegría que experimenta la tierra.

Si me viese en la necesidad de hablar del pueblo de Granada, veríame ciertamente en un compromiso, porque ese pueblo yo no lo he visto. De día no encontraba á nadie por las calles; de noche no se ve. Los teatros no estaban abiertos, y á las horas en que hubiera hallar á alguien

por la ciudad, me paseaba por las salas ó jardines de la Alhambra. Además, tenía tanto que ver en el espacio de tiempo que me había fijado para mi estancia en Granada, que no me quedaba un momento libre para trabar conversación, como lo había hecho en otros puntos, en mitad de las calles y en los cafés, con las buenas gentes del pueblo que encontraba.

Pero por lo que me dijeron personas que se hallaban en condiciones de poderme dar noticias ciertas, el pueblo de Granada no goza de una excelente reputación en España. Dicen que es muy malicioso, violento, vengativo, muy inclinado á esgrimir la navaja, lo que no viene desmentido por las crónicas de los diarios de la ciudad; y aunque éstos no lo digan, se sabe que la instrucción primaria se halla más descuidada que en Sevilla y que en otras ciudades españolas de mucha menor importancia. En general, todo lo que no hagan el sol y la tierra, que tanto hacen, anda sumamente mal, ya sea por indolencia, por ignorancia ó por desorden.

Granada no se halla unida por vías férreas á ninguna ciudad importante; vive sola en medio de sus jardines, dentro del círculo de sus montañas, satisfecha con los frutos que produce la tierra á manos llenas, meciéndose muellemente en la vanidad de su belleza y el orgullo de su historia. descansando, soñando, fantaseando, y contentándose con bostezar y responder á los que le echan en cara su estado: «Yo di á España el pintor Alonso Cano, el poeta Fray Luis de León, el historiador Fernando del Castillo, el orador sagrado Fray Luis de Granada, el ministro Martínez de la Rosa; he satisfecho mi deuda; conque, dejadme ahora en paz». Y esta es la respuesta que dan casi todas las ciudades meridionales de España, mucho más bellas ¡ay! que sabias y laboriosas, y mucho más altivas que civilizadas. ¡Ah! El que las ha visto, nunca se cansa de exclamar: «¡qué lástima!»

—Ahora que ha visto usted todas las maravi-



llas del arte árabe y de la vegetación tropical, es necesario que vea, para que pueda vanagloriarse de conocer á Granada, el barrio del Albaicín. Dispóngase á ver un mundo nuevo, ponga la mano sobre su portamonedas y haga el favor de seguirme.

Así me dijo Góngora el último día de mi estancia en Granada. Venía con nosotros un periodista republicano, llamado Melchor Almagro, director de «La Idea», un joven simpático y distinguido, que sacrificó por acompañarnos su comida y un artículo de fondo que meditaba desde la mañana. Nos pusimos en marcha y llegamos hasta la plaza de la Audiencia. Una vez allí, Góngora me mostró un camino tortuoso que subía por una colina, y me dijo:

—Aquí empieza el Albaicín.

Y don Melchor, tocando una casa con el bastón, añadió:

—Aquí empieza el territorio de la república.

Tomamos aquella senda, que dejamos luego para seguir otra, y de esta segunda pasamos á una tercera, y siempre subiendo, sin que yo viera nada de extraordinario, por más que mirase con gran curiosidad por todos lados. Calles estrechas, casas miserables, viejas dormidas en el umbral de las puertas, madres peinando á sus hijos, perros ladrando, gallos cantando, pilletes andrajosos corriendo y disputando y otras cosas que se ven en todos los barrios.

No obstante, á medida que uno sube, el aspecto de las casas y de las gentes cambia algo: los techos son más bajos, las ventanas más raras, las puertas más pequeñas, los habitantes más andrajosos. En mitad de la calle corre un arroyuelo por un canal emparedado á la moda árabe, fuentes en los ángulos de las plazas y pozos del tiempo de los árabes.

A cada cien pasos me parecía retroceder cincuenta años hacia la era de los califas. Mis compañeros me tocaban á cada instante, diciéndome:

—Mire usted esa vieja. Mire esa joven. Mire ese hombre.

Y yo miraba y preguntaba:

—¿Qué gente es esa?

Si me hubiera hallado de improviso en aquel punto, habría creído, viendo aquellos hombres y aquellas mujeres, que me hallaba en una población africana; tan distintos eran, á tan poca distancia de Granada, de todo cuanto había visto hasta entonces, aquellos hombres y aquellas mujeres, aquel modo de vestir y aquellas maneras de andar, de expresarse y de mirar. A la vuelta de cada esquina me detenía á mirar á mis compañeros; pero ellos me decían:

—Esto no es nada; aquí nos hallamos en la parte civilizada del Albaicín. Este es un barrio «parisién» de las afueras; adelantemos.

Adelantamos. Las calles parecían lechos de torrentes ó caminos abiertos en las rocas. Hoyos, bajadas, piedras; algunas cuevas tan rápidas que era imposible hacer subir por ellas una mula, otras tan estrechas que apenas podría pasar un hombre; unas llenas de mujeres y niños sentados en el suelo, otras desiertas y sembradas de hierba, todas de un aspecto triste, salvaje, agreste, de las cuales no pueden dar idea nuestros pueblos más miserables, porque esta miseria lleva el sello de otra raza y los colores de otro continente.

Atravesamos otro laberinto de calles, pasando de tiempo en tiempo por bajo un gran arco árabe, ó por una plazuela elevada desde la cual se abarca de una mirada el valle inmenso, los bosques cubiertos de nieve y una parte de la ciudad que abajo se extiende, y que llegamos, por último, á una calle más resbaladiza y estrecha que las que habíamos recorrido hasta entonces. Nos detuvimos para tomar aliento.

—Aquí—me dijo el joven arqueólogo,—empieza el verdadero Albaicín. ¡Mire usted esta casa!

Era una casa baja, ahumada, medio arruinada, con una puerta que más parecía ventana de cantina, ante la cual se veía moverse bajo puñados



de harapos un grupo, ó mejor un montón de viejas y niños, que al aparecer nosotros levantaron los ojos soñolientos, y con las descarnadas manos apartaron del umbral de la puerta, yo no sé qué inmundicias, que impedían el paso.

—Entremos—me dijo mi amigo.

—¿Entrar?—le pregunté.

Si me hubiesen dicho que más allá de aquella pared vería una copia del famoso Patio de los Milagros, que describe Víctor Hugo, no me hubiera resistido á creerlo. Jamás puerta alguna me había dicho más imperiosamente que aquella: «¡Aléjate!» Sólo podría compararla á la boca abierta de una gigantesca bruja, que despidiera un hálito preñado de miasmas pestilentes. Cobré valor y entré.

¡Oh maravilla! Era el patio de una casa árabe, rodeado de graciosas columnitas, con ligeras arcadas y esas indescriptibles bordaduras de la Alhambra, en torno de las puertas y ventanas, con las vigas y correas del techo esculpidos y dorados, con sus nichos para los vasos de flores y las urnas de los perfumes, con el baño en el centro, con todos los vestigios y todos los recuerdos de la vida deliciosa de una familia opulenta.

Salimos de aquella morada y entramos en otras; en todas hallé algún fragmento de la arquitectura y escultura de los árabes. Góngora me decía de vez en cuando:

—Aquí existía un harém, allí los baños de las mujeres, allá arriba la cámara de una favorita.

Y yo fijaba mi ávida mirada en todos los lienzos de las paredes, cubiertas de arabescos, y en todas las columnas de las ventanas, como para pedirles la revelación de algún secreto, un nombre, una palabra mágica con la cual pudiera reconstruir en un momento el edificio derruido y evocar las bellezas árabes que lo habían habitado. Pero ¡oh desgracia! entre las columnas y bajo los arcos de las ventanas no veía más que harapos y carras groseras.

Entre otras, nos introducimos en una casa don-

de encontramos un grupo de jóvenes que cosían á la sombra de un árbol del patio, vigiladas por una vieja. Trabajaban todas alrededor de una gran pieza de paño á rayas negras y grises, que me pareció un tapiz ó una colcha. Me acerqué y pregunté á una de las costureras:

—«¿Qué es eso?»

Levantaron todas la cabeza, y con movimiento rápido extendieron el paño para que pudiera ver su labor. Apenas lo hube visto, exclamé:

—¡Lo compro!

Todas se echaron á reír. Era una manta de montañés andaluz, hecha para montar á caballo, de forma rectangular, con una abertura en medio para pasar por ella la cabeza. Estaba bordada con lanas de vivos colores, á lo largo de los dos lados más estrechos y alrededor de la abertura. El dibujo de los bordados, que representan flores y pájaros fantásticos, verdes, azules, blancos, amarillos y encarnados, todo amontonado, es grosero y como lo podría hacer un niño: la belleza del trabajo estriba realmente en la armonía realmente maravillosa de los colores.

Sólo podré expresar el efecto que causa esa manta, diciendo que hace reír y alegra y que me parece imposible poder imaginar nada más bonito, más festivo, más gracioso y más puerilmente caprichoso. Es un objeto que hay que mirar para alegrarse cuando uno esté de mal humor, ó cuando se quiera escribir una bonita estrofa en el álbum de una dama, ó bien cuando se espera á una persona á quien se quiere recibir con la más amable de las sonrisas.

—¿Cuándo quedarán terminados esos bordados?

—pregunté á una de las jóvenes.

—«Hoy mismo—respondieron todas á coro.

—¿Y cuánto vale esa manta?

—«Cinco...»—balbuceó una de ellas.

La vieja le lanzó una mirada que quería decir:

—«¡Imbécil!»—y añadió con viveza:

—«Seis duros».

Seis «duros» son treinta francos. No me pare-



ció mucho dinero y metí la mano en el bolsillo. Góngora me miró á su vez como diciéndome: «¡Ah, bobo!» y deteniéndome por el brazo dijo: —¡Un momento! «¡Seis duros!» Eso es mucho dinero.

La vieja le miró como diciendo: «¡Bribón!» y replicó en seguida:

—No puedo darla ni un céntimo menos.

Góngora, con otra mirada que significaba: «¡Embustera!» replicó:

—Vamos, que ya la darás por cuatro duros. No pedís más á las gentes del país.

La vieja insistió y seguimos algún tiempo cambiándonos con la mirada los títulos de necio, tramposo, asno, embustero, avaro, malvado, hasta que por fin me fué cedida la manta por cinco duros. La pagué, dejando la dirección de mi casa, y salimos bendecidos y encomendados á Dios por la vieja, y seguidos mucho rato por los ojos negros de las bordadoras.

Continuamos marchando de calle en calle, entre casas cada vez más miserables, caras cada vez más negras y harapos cada vez más sucios. Y jamás llegábamos al término de nuestro viaje, y decía á mis compañeros:

—Háganme el favor de decirme: ¿si Granada tiene límites, dónde están? ¿Se puede saber á dónde vamos y cómo lo haremos para volver á casa?

Mis compañeros se reían y seguían avanzando.

—¿Pero nos queda por ver algo más raro que todo lo que llevamos visto?—pregunté al llegar á cierto punto.

—¿Más raro?—me contestó uno de los dos.—Sepa usted que esta segunda parte del arrabal pertenece todavía al mundo civilizado; es el barrio, si no «parisién», «madrileño» por lo menos del Albaicín. ¡Más lejos ya es diferente! Vamos andando.

Recorrimos una larga calle llena de mujeres medio desnudas, que nos miraban como si hubiésemos caído de la luna; atravesamos una plazuela, en la cual se hallaban confundidos en amigable

consorcio chiquillos y marranos; pasamos por otras dos ó tres callejuelas, ya subiendo, ya bajando, por entre casas, ruínas, árboles, rocas, y llegamos por fin á un lugar solitario, en el flanco de una colina, desde donde se veía de frente el Generalife, á la derecha la Alhambra y bajo nuestros ojos un profundo valle cubierto de un espeso bosque.

Empezaba el día á declinar; no se veía á nadie ni se escuchaba una sola voz.

—¿Acaba aquí el arrabal?—pregunté yo.

Mis dos compañeros me contestaron riendo:

—Mire usted por ese lado.

—Volvíme, y vi á lo largo de una calle que se perdía en el lejano bosque una interminable hilera de casas... ¿de casas? mejor diré de cubiles medio enterrados, con un pedazo de pared delante, agujeros por ventanas, grietas por puertas y plantas salvajes encima y alrededor; verdaderas guaridas de bestias feroces, en las cuales á la claridad de escasa y menguada luz hormigean por centenares los «gitanos»: un pueblo bullicioso en las entrañas de los montes, más negro, más pobre y más salvaje que todo cuanto había visto hasta aquel momento; otra ciudad, desconocida de la mayor parte de los granadinos, inaccesible á los agentes de policía, cerrada á los empleados del fisco, que desconoce toda ley y todo gobierno, que vive no se sabe cómo y cuyo nombre se ignora, extraña, á la ciudad, á España, á la civilización moderna, con su idioma, sus leyes y sus usos particulares; supersticioso, falso, ladrón, mendicante y feroz.

—Abróchese usted el sobretodo, vigile su reloj —me dijo Góngora,—y ¡andando!

No habíamos dado cien pasos, cuando un pillete medio desnudo, negro como las paredes de un barracón, nos vió, lanzó un grito y haciendo señas á los demás pilletes, vino hacia nosotros; detrás de los chiquillos corrieron las mujeres; detrás de las mujeres los hombres; y después viejas y viejos, y otros chiquillos, y en menos tiem-



po del que es menester para decirlo, nos vimos rodeados de una turbamulta chillona y desarraigada. Mis dos amigos reconocidos como granadinos, lograron ponerse fuera de tiro; yo solo quedé comprometido. Todavía me parece estar viendo aquellos hocicos, escuchar aquellas voces, sentir aquellas manos sobre mí. Gesticulando, gritando, diciendo mil cosas que yo no comprendía, tirándome de los faldones, de las mangas, del chaleco, se apiñaron á mi alrededor como una turba hambrienta; me soplaban á la cara, me cortaban la respiración. Eran en su mayoría flacos, iban medio desnudos, con camisas que caían en girones, con las greñas revueltas y llenas de polvo, horribles á la vista. Me creí convertido en don Rodrigo entre los apesladados, en su famoso sueño de la noche de Agosto.

—¿Qué quieren estas gentes?—me preguntaba:—¿dónde me he dejado conducir? ¿Y cómo saldré de aquí?

Casi sentía miedo y miraba á mi alrededor con inquietud. Poco á poco fui comprendiendo algo.

—Tengo una llaga en la espalda—me decía uno.

—Yo una pierna rota—decía otro.

—Yo he tenido una larga enfermedad.

—Yo tengo un brazo paralizado.

—«¡Un cuarto, señorito!»

—«¡Un real, caballero!»

—«¡Una peseta para todos!»

Esta palabra fué acogida con un grito general de aprobación.

—«¡Una peseta para todos!»

Saque el portamonedas con algún recelo; todos se levantaron sobre la punta de los pies; los más cercanos metieron en él las narices; los que estaban detrás, dieron con las narices en la cabeza de éstos, y los más lejanos extendieron los brazos.

—Un momento—grité yo.—¿Quién de vosotros tiene más autoridad?

Todos, extendiendo el brazo hacia una sola persona, respondieron unánimes:

—¡Esa!

Era una espantosa vieja, toda nariz y barba, con un gran tupé de cabellos blancos á manera de penacho, con una boca que parecía un buzón, sin más vestido que una camisa, negra, apergaminada, momificada, que se me acercó inclinandose y sonriendo, y tendiéndome las manos para coger las mías.

—¿Qué queréis?—le pregunté dando un paso atrás.

—«La buena ventura»—gritaron todos.

—Decidme, pues, la buena ventura—respondí, tendiéndole la mano.

La vieja apretó, no diré entre sus diez dedos, sino entre sus diez huesos informes, mi pobre mano, puso encima su nariz puntiaguda, levantó la cabeza, me miró fijamente, extendió su dedo hacia mí, y balanceándose y deteniéndose á cada palabra, cual si recitara versos, me dijo con inspirado acento:

—«Tú has nacido en un día señalado...

»Y el día que morirás será un día señalado también...

»Tu tienes un caudal asombroso...»

Aquí murmuró no sé qué de amantes, de matrimonio, de felicidad, de todo lo cual deduje que me creía casado, y después añadió:

—«El día que te casaste, hubo en tu casa muchos dares y tomares...

»Y otro se quedó llorando...

»Y cuando tú la ves se te abren las alas del corazón...»

Y así continuó por el mismo estilo, diciendo que yo tenía queridas, amigos, tesoros y placeres, que me esperan todos los días del año y en todos los países del mundo.

Mientras la vieja hablaba, los demás estaban callados, cual si creyeran que profetizaba de veras. Terminó por último su profecía con una fórmula de despedida y terminó la fórmula extendiendo el brazo y dando un salto con un gesto de danzante. Di la «peseta» y la turba prorrumpió



en gritos, aplausos y cantos, haciendo á mi alrededor mil gestos, dando extraños saltos, saludándome, tocándome y golpeándome como á un antiguo amigo, hasta que, á fuerza de empujar á uno y otro, logré abrirme paso y juntarme á mis dos compañeros.

Pero un nuevo peligro nos amenazaba. La noticia de la llegada de un extranjero se había esparcido; las tribus se habían puesto en movimiento, y la ciudad de los «gitanos» era todo algazara. De las casas vecinas, de los techos lejanos, de lo alto de las colinas, del fondo del valle, acudían los pilletes, las mujeres con los niños de pecho en brazos, los viejos con bastones, los falsos enfermos, los falsos lisiados, las profetisas septuagenarias que querían decir la buena ventura. Un ejército de mendigos se nos venía encima de todas partes. Era ya noche; no podíamos descuidarnos: corríamos hacia la ciudad como doctrinos asustados. Entonces estallaron detrás de nosotros gritos diabólicos, y los más ágiles decidieron perseguirnos. Gracias al cielo, después de galopar un buen rato nos hallamos en seguridad, jadeantes, cubiertos de polvo; pero sanos y salvos.

—A toda costa debíamos escapar—me dijo riendo don Melchor;—de lo contrario, hubiéramos llegado á casa sin camisa.

—Y tenga usted en cuenta—añadió Góngora,—que sólo hemos visto la entrada del arrabal de los «gitanos», la parte civilizada, no ya el París, ni el Madrid, pero sí el Granada del Albaicín. ¡Si llegamos á ir más adelante! ¡Si llega usted á ver el resto!

—¿Pero son muchos millares esa gente?—pregunté yo.

—Lo ignoro

—¿De qué viven?

—Nadie se lo explica.

—¿Qué autoridad reconocen?

—Una sola: la de «los reyes», jefes de las familias y de las casas y que son los que tienen más edad y más dinero. No salen jamás de su arrabal,

nada saben, viven en la ignorancia más absoluta de todo cuanto pasa fuera de las paredes de sus casas. Las dinastías caen, cambian los gobiernos, los ejércitos se batien; pues es un milagro si la noticia llega á oídos de esa gente. Pregúntele usted si Isabel está todavía en el trono; lo ignoran por completo. Pregúntele quién es don Amadeo: no han oído jamás pronunciar semejante nombre. Nacen y mueren como las moscas y viven actualmente como vivían hace ya siglos, multiplicándose sin salir de sus límites. Ignorantes é ignorados, no ven durante toda su vida más que el valle que se extiende á sus pies y la Alhambra que se eleva por encima de sus cabezas.

Recorrimos de nuevo todas las calles por las cuales habíamos pasado. Estaban ya oscuras y desiertas y me parecía que no habían de acabarse nunca con sus cuestras arriba, sus cuestras abajo, sus vueltas y revueltas. Llegamos, por fin, á la plaza de la «Audiencia», en el centro de Granada, en el mundo civilizado. A la vista de los cafés y almacenes iluminados, experimenté el mismo goce que si hubiese regresado á una ciudad, después de un año de permanencia en un arrenal inhabitado.

En la tarde del siguiente día salí para Valencia. Me acuerdo de que pocos momentos antes, al pagar la cuenta de la fonda, hice observar al dueño que me hacía pagar una bujía de más, y le pregunté riendo:

—¿Me la rebaja usted?

El fondista cogió la pluma, y borrando veinte céntimos del total de la suma, respondió con una voz que quería parecer conmovida:

—¿Qué diablo! ¡Entre italianos!...